

La vieja canción romera por los caminos de Santiago

I

De nuestro Santísimo Papa Pío XII son estas frases dirigidas en audiencia especial a investigadores y profesores de arqueología y de la historia. «Muchos y provechosos son los frutos de vuestra labor descubriendo, depurando y clasificando las piedras y vestigios de monumentos que documentan el glorioso pasado de la historia. Pero esta labor sería fragmentaria e incompleta si a la vez no leyéramos en el alma de las cosas la vibración de su espiritualidad, su lenguaje para la cultura y su canto para la magnificencia del Creador».

En el empeño laudable de restaurar la ruta de las peregrinaciones compostelanas, a la demarcación geográfica han de acompañar bien señaladamente los hitos de la espiritualidad de los pasados tiempos, firmes y profundos en la narración histórica más autorizada, en las canciones y costumbres que aún viven en legajos inexplorados de los archivos. La historia nos señala los motivos de la ruta. La búsqueda feliz de la canción documentada nos enseña la emoción íntima del alma en el rudo caminar y en los propios descansos de la misma ruta.

No pudo ser más providencialmente glorioso y consolador el origen de estas peregrinaciones.

La Iglesia, en su Oficio litúrgico de la Traslación de Santiago Apóstol (30 de diciembre) afirma por documentos de la Iglesia compostelana, probadísimos y confirmados en tiempos del Papa León XIII después de largos y sabios estudios y exploraciones, en 1884, a instancias del Cardenal Payá, que por singular providencia de Dios llegó por el mar desde Jerusalén hasta Iria Flavia el cuerpo de Santiago Apóstol, que por las frecuentes persecuciones estuvo oculto en Compostela, donde por divina inspiración halló este tesoro sagrado el Rey de León, llamado el Casto. Este rey construyó insigne basílica y la enriqueció con abundantes dones. Desde este tiempo comenzaron a propagarse los muchos y grandes milagros del Santo, que se manifestó gloriosamente en momentos difíciles de la nación española; lo cual hizo que España le aclamara como a su principal Patrón. La repetición de tantos y tan célebres milagros del Apóstol hizo que de todas las naciones cristianas del orbe llegaran peregrinos a Compostela para venerar, por causa de religión y de voto, las reliquias de Santiago, al modo y solemnidad con que se iba al Santo Sepulcro de Jerusalén y a las puertas de la eterna Roma.

Los Estatutos de la Real Cofradía de Caballeros del Santísimo y Santiago, de Burgos, fundada por Alfonso XI de Castilla en 1338 y reorganizada por Alfonso XIII en 1924, en su apartado con el título Sennor Santiago Apóstol hacen la siguiente glosa sobre las peregrinaciones:

«Alfonso el Casto se arrodilla el primero, y tras él una muchedumbre innumerable de Reyes y Obispos, de menestrales y guerreros, de siervos

y de señores. El alma anhelante de la cristiandad recorre esta ruta durante siglos, con el bordón en la mano, la caperuza en la cabeza, el zurrón en la espalda y el manto adornado de conchas y azabaches. El camino francés —Roncesvalles, La Calzada, Burgos, León, Santiago— se ilumina de esperanzas, florece la leyenda, se anima de charlas, se alegra de canciones, se inunda de divinas misericordias que le transforman en torrente caudaloso de las luces invisibles del cielo. La cadena de la peregrinación se agita rumorosa de un lado a otro del mundo cristiano. Todas las lenguas y todos los trajes: labriegos de las orillas del Danubio y rubios habitantes del Báltico; Pares de la Corte de París y conquistadores normandos; ascetas del Oriente y artistas de Lombardía; santos aureolados de fuego místico y penitentes que buscan el olvido de sus crímenes. En Compostela, dice el código calixtino, coros de peregrinos, agrupados por sus nacionalidades, entonan cánticos al son de las cítaras, los tímpanos, las flautas, las violas y las chirimías. Unos lloran sus pecados, otros leen santos libros, otros reparten limosnas a los paralíticos. Unos caminan con los pies descalzos; otros, cargados de hierro y plomo para las obras de la basílica; éstos, con una cruz en la mano; aquéllos, distribuyendo su dinero a los menesterosos. Hay quienes presentan sus grillos y cadenas de que fueron librados por la virtud del Apóstol; y todos llevan la llama de la fe en sus pechos y una plegaria ferviente en sus labios».

Entre las muy numerosas peregrinaciones que, camino de Santiago, pasaron por Navarra figuran augustos personajes, venerables prelados, oscuros penitentes y hasta grotescos juglares. Así tenemos al obispo de Patrás, en Grecia, quien, de paso a Compostela, durante el reinado de Teobaldo II, murió en Estella completamente ignorado hasta que milagrosamente se identificó su cadáver por la reliquia de San Andrés que llevaba consigo. Abundan también tradiciones y leyendas a lo largo de las peregrinaciones, como la de Santa Felicia, en Labiano, y la de San Amaro, en Burgos.

Y una antifona de primer modo, con la nota epigráfica *Verba Callixti — Ad sepulchrum Beati Jacobi*, expone textualmente lo que aquí se traduce: «Al sepulcro de Santiago llegan los enfermos y son sanados, los ciegos recobran la luz, los cojos se enderezan, se libran los endemoniados, los tristes son consolados, y, lo que es más, son favorablemente despachadas las plegarias de los fieles; y allí las gentes extrañas de todos los climas del mundo acuden en masa ofreciendo al Señor sus dones de alabanza».

Muy mal habló de Navarra Almeric Picaud, quien pasó por Navarra en peregrinación a Compostela, y de su viaje señala algunas jornadas de Viscarret, Pamplona y Estella, el Ega y el Salado, y del río de los Arcos nos dice que es mortífero por sus barbos y anguilas pestilentes; afirma que los navarros insultaban y robaban a los peregrinos, reconociendo, sin embargo, que eran buenos cristianos y valientes guerreros.

José María de Luzalde, en la traducción del original francés de la Gran Canción de los Peregrinos de Santiago nos da de Navarra estas dos estrofas:

Cuando llegamos a la montaña,
en lo más alto
todos nos detuvimos en la Cruz
de Carlomagno.

De aquí se mira el reino de Navarra
 todo entero,
 y mandó Carlomagno que se hiciera
 un gran Monasterio.
 Desde Pamplona a Puente la Reina
 fuimos contentos
 de haber salido de las montañas
 a los campos abiertos;
 al ver las flores y la vid
 y tierras de labranza,
 dimos gracias a Jesucristo,
 le cantamos alabanzas.

El estribillo de esta canción dice:

Rogamos a Santa María
 y a su Hijo Jesús
 que nos den su santa gracia
 de este viaje en pago
 para que en el cielo podamos ver
 a Dios y a mi señor Santiago.

Al tratar de la polifonía del arte antiguo, preciso es afirmar, con monseñor Anglés, que la escuela más antigua de España, de la cual hemos conservado música a voces, es, por ahora, la catedral de Santiago. Fué Compostela uno de los centros de romería más celebrados y típicos de la Cristiandad de Europa. Se conocen documentalmente nombres de músicos cantores que dirigían el canto eclesiástico de aquella catedral en el siglo XI.

Con gran veneración se guarda en la catedral de Santiago el códice calixtino, cuyo índice, en lo que afecta únicamente a las melodías musicales, hoy transcritas y muchas de ellas divulgadas, es como sigue:

Responsorios de Santiago, por el Papa Calixto.

Antífonas de Laudes, Horas y Vísperas del Oficio del Apóstol, por el mismo Papa.

Responsorios evangélicos de Santiago Apóstol, publicados por el Papa Calixto, con las antífonas e himnos de las festividades del martirio y de la traslación de su venerado cuerpo.

Responsorios del Patriarca de Jerusalén, Guillermo, tomados de la historia de la pasión del Santo.

Misa de la vigilia de Santiago, por el Papa Calixto.

Versos del Papa Calixto para ser cantados en las fiestas del Santo Apóstol.

Misa de la fiesta de Santiago, por el Papa Calixto.

Prosas de Santiago, por Guillermo, Patriarca de Jerusalén.

Tropos, por el maestro Anselmo I.

Conductos, por el antiguo Obispo Beneventino; por Fulberto, Obispo karnotense; por el maestro Roberto, cardenal romano; por el santo Fortunato, obispo de París.

Farsuras de la Misa de Santiago, por el obispo Fulberto.

Benedicamus e himnos del Doctor Galleciano, del maestro Alberto de París, del arzobispo Alberico, del maestro Airardo y del maestro Gauterio.

Cantos polifónicos a dos, de Gauterio, Droardo, Aimerico; Aleluia en griego y los cantos del *Dum pater familiās*.

II

Una de las canciones más celebradas, bella por su sencillez y sabor popular de recitado litúrgico, que cantó el pueblo cristiano de la edad media en sus peregrinaciones jacobeanas, es la Prosa de Santiago *Gratulemur et letemur*.

En el libro de Santiago, codex calixtino, fotocopiado en pulcra edición preparada por el Seminario de Estudios gallegos en 1935 y publicada en Santiago de Compostela en 1944, lleva este título: *Prosa Sancti Jacobi, Latinis, Grecis et Ebraicis verbis, a domno Papa Calixto abbreviata*.

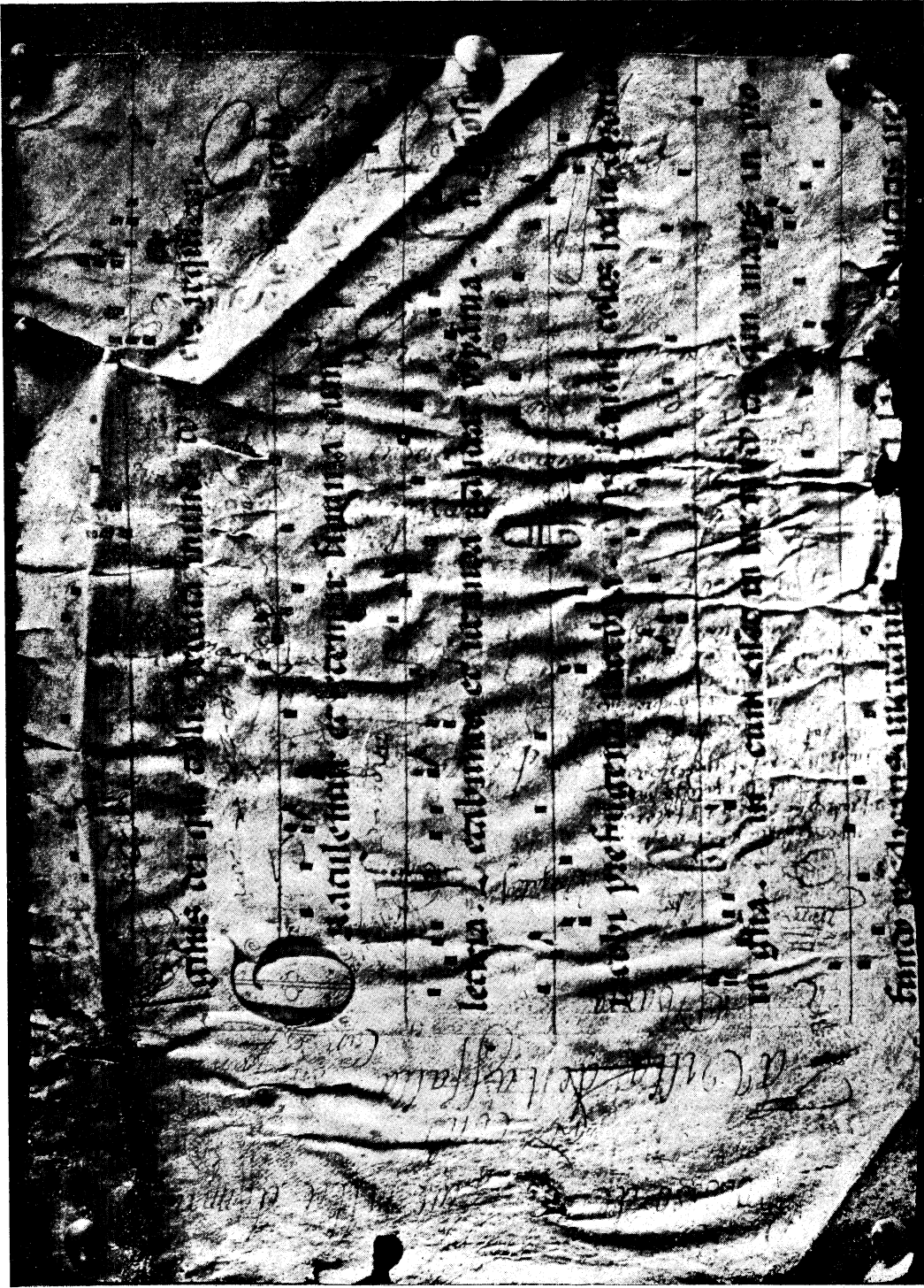
La difusión de esta prosa y su canto constante interpretado por tan diversos pueblos en sus rutas al Sepulcro del Apóstol introdujeron algunas variantes en letra y música. El Padre benedictino Don Germán Prado hizo una labor meritísima transcribiendo toda la notación musical del codex e ilustrando con precisas notas de alto valor musicológico puntos oscuros de interpretación literaria. Señala el citado Padre que los términos exóticos que forman la variada trama de esta prosa, los da traducidos el codex calixtino en una glosa interlineal, y que con semejante alarde lingüístico quiso sin duda el sencillo versificador que los distintos idiomas rindiesen homenaje al Apóstol.

Las variantes de este *Gratulemur et letemur*, aunque muy ligeras, se advierten en el Códice procedente de Limoges, estudiado por Peter Wagner, en el Proulario de Huesca (Siglo XI-XII), y en la vitela de Pamplona (s. XIV).

La melodía de esta canción jacobea, del séptimo molo gregoriano, sirvió sin duda de inspiración a otras piezas litúrgicas, como a la secuencia *Lauda Sión del Corpus*.

Por mediación del ilustre archivero diocesano de Pamplona, D. Marcelo Núñez de Cepeda, he tenido ocasión de estudiar una vitela suelta, perteneciente a antiguo códice de la Catedral, del que se arrancó en el siglo XVI para servir de cubierta a un pleito (Processo con la Villa de Tafalla). Esta vitela del siglo XIV, completamente ignorada hasta hoy, nos da con claridad, en notación sobre línea roja, esta Prosa peregrina, cuyas primeras estrofas dicen:

Gratulemur et letemur
summa cum letitia.
Letabunda et jocunda
gaudeat Hispania.
In gloriosi Jacobi
prefulgenti victoria,
qui scandit coelos hodie
coronatur in gloria.



Fot. Archivo J. E. Uranga

Las pequeñas variantes de este texto están también citadas por el P. Prado, quien las tomó directamente del original del códex calixtino, según aparece en las fotocopias que estudió.

La melodía del de Pamplona, dentro de la misma modalidad, línea del melodo y metro, es la misma del calixtino, si bien pierde en pureza por la adición de algunas notas con que en el siglo XIV se creía adornar para más prestancia la genuina melodía gregoriana.

Gratulemur et laetabimur summa cum laetitia.
In glorioso Jacobo... bi prefulgenti victricia.

Laetabunda et jocunda gaudent Hispania.
Qui scandit caelos hodie coronatur in gloria.

(Archivo diocesano de Pamplona - Vistela muella - s. XIV. Variantes del Codex Calixtinus.)

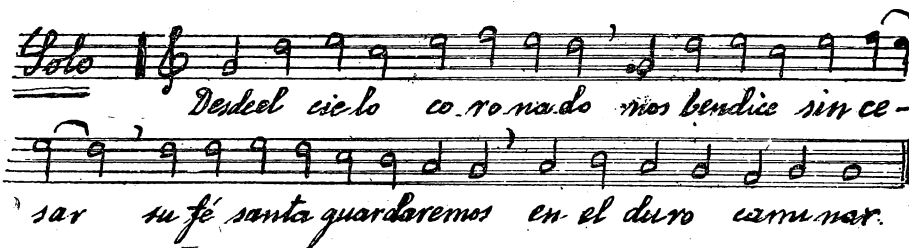
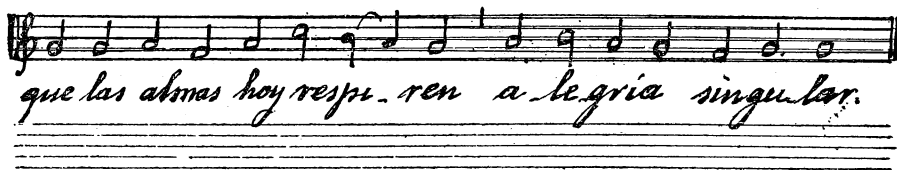
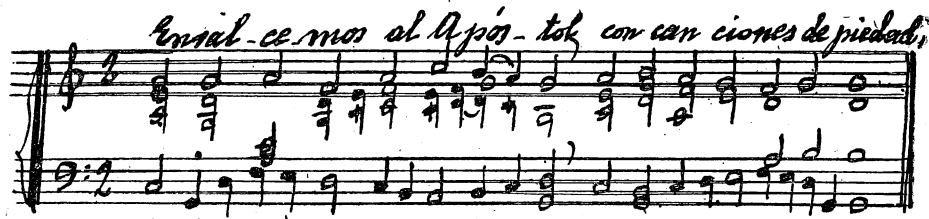
En el archivo musical de la Catedral de Pamplona y entre algunos papeles que ciertamente pertenecieron a la Universidad de Santiago de los PP. Dominicos de esta ciudad se encuentra una transcripción del siglo XVIII de esta misma prosa *Gratulemur*, que debió de cantarse en fiestas y acaso en peregrinaciones en honor del glorioso Patrón de España.

Estas funciones sacras para universitarios tenían sin duda carácter festivo y extralitúrgico. La transcripción de esta prosa es más pura y casi del todo exacta en su melodía a la del calixtino, y sólo adoptó para el canto las dos primeras estrofas. El texto español aplica perfectamente sus acentos en conformidad con la acentuación musical y el conjunto del canto es de resultado magnífico, devoto y, dentro de su sencillez popular, de maravilloso efecto.

Dice así el texto en lengua vulgar que lleva el título de *Rimas de peregrinos* (Arch. musc. Sig. XVIII):

Ensalcemos al Apóstol
 con canciones de piedad
 que las almas hoy respiren
 alegría singular.
 Desde el cielo, coronado
 nos bendice sin cesar,
 su fe santa guardaremos
 en el duro caminar.

El nos trajo la creencia
de doctrina celestial
y por ella nuestra España
por los siglos triunfará.
Que aquí queda su plegaria
como piedra en el altar
palpitando sus anhelos
desde el trono del Pilar.
Nuevos mundos se iluminan
con la gloria sin igual,
pues Santiago, sol de España,
astro fué de caridad.
¡Gloria, gloria! a Santiago
repiteamos con afán
porque España hoy y siempre
en el mundo vencerá.



Por este tiempo esta era la canción que en torno a la hoguera de la plaza de Santo Domingo, al anochecer de la víspera de Santiago, vibraba con el entusiasmo que los barrios ponían en la conmemoración festiva de sus Santos. Entrado el último tercio del siglo XVIII, el Prior Fray Martín de Larráyoz contrató a los ministriles de la Catedral para que adornaran con

las notas de sus chirimías los intermedios de la fiesta callejera. «Defensor de la España — Señor Santiago — confunde al enemigo — del pueblo amado».

Otras composiciones sobre el himno *Defensor alme Hispanice* se guardan en el archivo musical catedralicio de Pamplona, como una de autor anónimo del siglo XVIII a cuatro voces solas, de factura contrapuntística muy estimable en su época ya decadente, y en especial el himno de vísperas con órgano, cuerda y trompas, a cuatro voces, del maestro calagurritano del XVIII, don Francisco Secanilla, muy celebrado hasta la promulgación del *Motu proprio* del Papa Pío X.

La versión de este hermoso himno español de la actual liturgia, versificada según la métrica latina en yámbico dímetro, aduce los méritos y protección del Apóstol para que todos los fieles imploremos su ayuda.

Feliz defensor de España, Santiago, vengador de los enemigos, a quien hijo del trueno llamó el Hijo de Dios;

Envía propicio hasta aquí, desde el alto trono del cielo, tus resplandores, y oye las debidas alabanzas que alegres te tributamos.

Tus favores cuenta España, que se siente feliz con tu nombre; continuamente se gloria con la honra de guardar tus reliquias venerandas.

Tú, en la noche oscura y terrible, cuando el error nos aprisionaba, imploraste ante todo la luz de la salvación a orillas del Ebro.

Tú, cuando la guerra nos asediaba, te apareciste en medio de la pelea y destrozaste, acérrimo sobre el caballo y con la espada, la furia de los moros.

Confiados nosotros en tu ayuda, te pedimos la largueza de tus dones, para que sintamos tu protección mientras esperamos verte.

Sea la gloria a Dios Padre y a su único Hijo con el Espíritu Santo ahora y siempre. Amén.

Con la canción romera que comentamos, existen otras en el calixtino de más aplicación en el mismo Compostela durante la edad media, como la *De Sancto Jacobo* (fol. 193 r.), que así principia: *Dum pater familias*, y cuyo final popular más conocido nos dice: *Herru Santiagu, got Santiagu eultreia, esuseia. Deus aia nos*. Este fué el canto primitivo de los peregrinos flamencos.

Si de tantas naciones llegaron los peregrinos a Santiago, fervientes de fe y de amor y dejándonos por las veredas de su caminar vivos testimonios de su paso en ofrendas de devoción, de arte y hasta en venerados sepulcros donde quedaron nobles seres queridos, España se dirigió siempre a Santiago con la plena seguridad de su patrocinio en las horas de mayor aflicción. La Madre Iglesia nos dice en las lecciones históricas de la fiesta de la Aparición (23 de mayo) que así habló el Apóstol a Ramiro, rey de León: «Yo soy Santiago Apóstol, a quien el Señor ha encomendado la tutela de España.»

De aquí que liturgistas e investigadores afirmen ante la historia que es la estrella refulgente de las Españas; la gloria de nuestra nación, como lo son de Roma San Pedro y San Pablo. No contento, dice el benedictino P. Alameda, con habernos hecho depositarios de sus venerandas reliquias, ha defendido siempre con visible y eficazísima protección a nuestra patria y, cual horrisono trueno y deslumbrante rayo, ha desbaratado y deshecho los ejér-

Chiche n° 4

De fen - sor al - me Her -

pa - me. Je - co - be vin - dex hos - ti -

Hic pa - me. Je - co - be vin - dex hos - ti - um, tu -

ne tris, quem fi - li - um De - i vo - ca - vit

Je - su - m, De - i vo - ca - vit Je - su - m De -

i - vo - ca - vit Je - su - m De - i vo - ca - vit Je - su - m De -

cidos de los enemigos del nombre cristiano, y con su apoyo los mismos españoles han llevado el estandarte de la Cruz por todo el orbe, plantándolo en lugares lejanos en que todavía era desconocido el nombre del Señor.

Por esto la antífona solemne del Oficio canta hoy, como cantó siempre, en tono de admirable exclamación, a la vista de Santiago y de España: «¡Oh, bienaventurado Apóstol, que, elegido de los primeros, fuiste el primero de todos los Apóstoles en beber el cáliz del Señor! ¡Oh, gloriosa nación hispana, fortalecida con tal prenda y tal Patrono, por cuyo medio te ha hecho cosas grandes el Omnipotente! ¡Aleluia!».

Leocadio HERNANDEZ ASCUNCE